

CRECIENDO COMO MAESTRO: EL CAMINO HACIA UNA AUTORIDAD COMPASIVA

Abel Ortiz Virgen ¹

Desde mis primeros días como docente, me enfrenté a un desafío formidable que puso a prueba mi enfoque pedagógico y mi habilidad para equilibrar la cercanía con la autoridad en el aula: la disciplina escolar. Al principio, me inclinaba hacia la accesibilidad y la amistad con mis estudiantes, deseando construir relaciones sólidas basadas en la confianza y la camaradería. Creía firmemente que al ser uno más de ellos, ganaría su respeto de manera natural y efectiva.

Pronto me vi inmerso en un torbellino de desafíos cuando los primeros signos de problemas comenzaron a surgir. Mis alumnos, quizás confundidos por mi enfoque inicialmente permisivo, empezaron a desafiar mi autoridad en el aula. La falta de límites claros y la ausencia de una estructura definida llevaron a un ambiente de desorden y falta de respeto que amenazaba con socavar los cimientos de mi labor educativa.

Recuerdo que, con mi primer grupo, me permitía decir palabras altisonantes y trataba de encubrirlos si cometían alguna falta, intentaba ser uno de ellos. Aunque llegué a llevarme muy bien con muchos de ellos, hubo algunos otros que, debido a la inmadurez propia de su edad, rompieron ese lazo de amistad. Uno de ellos me confrontó frente a toda la clase, desafiándome directamente, lo que me obligó a subir el tono de voz y cambiar mi actitud.

En otro momento, al querer dejar una actividad para casa, un

¹ Profesor de Telesecundaria y Doctorante en Educación del CEVECP.

alumno me insultó en voz baja. Escuchar ese insulto me hizo darme cuenta de que estaba permitiendo una falta de respeto inaceptable, pero al mismo tiempo, yo la generaba. Aprendí que un docente no puede permitir que los alumnos le falten el respeto.

Fue entonces cuando me encontré en una encrucijada emocionalmente agotadora: ¿mantener mi postura amigable pero vulnerable ante el desafío constante de mis estudiantes o ajustar mi enfoque y establecer límites firmes que pudieran devolver el orden y el respeto en el aula? Tras reflexionar sobre mis valores como educador y las necesidades de mis alumnos, decidí abrazar el cambio y asumir un papel más definido como autoridad en el aula.

El proceso de transición no fue fácil ni exento de dudas. Sentí cómo se tambaleaba mi identidad como «maestro buena onda» mientras me adentraba en un territorio desconocido donde la seriedad y la firmeza debían prevalecer sobre la camaradería. Comencé a enfatizar la importancia del respeto mutuo y la responsabilidad personal, recordándoles a mis estudiantes que el aprendizaje florece en un ambiente donde se valora tanto la libertad como los límites.

Una de las primeras medidas que tomé fue abrazar la idea de enseñar desde la complejidad. Entendí que el mundo no puede reducirse a simples categorías o conceptos aislados, como disciplina, amistad o conocimiento. En lugar de segmentar el conocimiento en disciplinas separadas, busqué integrar diferentes áreas del saber para ofrecer una visión más completa y contextualizada de la realidad. Esto implicaba fomentar el pensamiento crítico, la interdisciplinariedad y la comprensión de las conexiones entre diferentes fenómenos y disciplinas.

Además, decidí incorporar el arte como una herramienta fundamental en mi enseñanza. Creía firmemente en su poder transformador para explorar y expresar ideas, emociones y experiencias de manera única y significativa. Utilicé el arte como un medio para fomentar la creatividad, la expresión personal y la apreciación estética en mis estudiantes.

Ya fuera a través de la música, la pintura, la danza o el teatro, integré el arte en todas las áreas del currículo, permitiendo a mis alumnos explorar y expresarse de manera artística, de esta manera también buscaba que me vieran como alguien que de verdad quería que aprendieran por otros medios, y eventualmente ganarme su respeto.

La integración de estrategias de educación física y educación socioemocional en mi enfoque pedagógico ha sido una decisión fundamental para enriquecer la experiencia educativa de mis estudiantes. Al igual que el arte, considero que estas herramientas ofrecen un potencial transformador que va más allá de la mera adquisición de conocimientos académicos.

En primer lugar, la educación física desempeña un papel crucial en el desarrollo integral de los estudiantes. No solo promueve la salud física, sino que también fomenta habilidades como el trabajo en equipo, la cooperación y el liderazgo. A través de actividades deportivas y recreativas, mis alumnos aprenden a respetar las reglas, a enfrentar desafíos y a superar obstáculos, fortaleciendo así su autoestima y confianza en sí mismos.

Además, la educación física proporciona un espacio para la expresión corporal y la exploración del propio cuerpo. Mediante el movimiento, los estudiantes pueden canalizar sus emociones, liberar tensiones y desarrollar una mayor conciencia de sí mismos y de los demás. Esto contribuye a cultivar habilidades socioemocionales como la empatía, la autoaceptación y el control emocional, fundamentales para una convivencia saludable y respetuosa en el aula y más allá.

Sé que hay muchos compañeros, sobre todo en mi subnivel (telesecundaria), que condicionan la clase de educación física al comportamiento de los estudiantes, es decir, lo ven como un premio si su actitud en general ha sido “buena”. Quiero decirles a estos colegas que eso es un grave error, no debemos condicionar lecciones de clases tan fundamentales en la educación integral de nuestros estudiantes. A través de esta asignatura además de

trabajar los beneficios y las habilidades antes descritas, también se fortalece el vínculo estudiante-docente.

No debemos olvidar nuestro tiempo de alumnos. Como adolescentes es difícil poner atención a las clases durante todo el día. Resulta necesario realizar una pequeña actividad entre clases para despertar a nuestros estudiantes, claro estoy hablando de las famosas pausas activas. Seguramente a estas alturas más de uno ya las dio por olvidadas, es por eso por lo que considero que quizá nunca se reflexionó realmente sobre la importancia y los beneficios que nos dan a nuestras clases.

La implementación de pausas activas durante las clases es fundamental para promover un ambiente de aprendizaje saludable y productivo. Estas breves interrupciones en la actividad académica permiten a los estudiantes desconectar temporalmente de las tareas cognitivas intensas y recargar tanto su mente como su cuerpo.

Durante estas pausas, los alumnos tienen la oportunidad de estirarse, moverse y activar su circulación sanguínea, lo que ayuda a mejorar su concentración, su estado de alerta y su capacidad para retener información. Además, las pausas activas ofrecen un espacio para liberar tensiones y reducir el estrés, lo que contribuye a un ambiente más relajado y propicio para el aprendizaje.

Además, las pausas activas fomentan la interacción social y el trabajo en equipo entre los estudiantes. Al participar en actividades físicas o recreativas durante estos descansos, los alumnos tienen la oportunidad de relacionarse con sus compañeros, fortalecer lazos de amistad y desarrollar habilidades sociales clave, como la comunicación y la cooperación.

Estas interacciones positivas contribuyen a crear un sentido de comunidad en el aula y promueven un clima escolar inclusivo y colaborativo. Asimismo, las pausas activas pueden servir como un momento para celebrar los logros académicos o reconocer el esfuerzo de los estudiantes, lo que aumenta su motivación y su autoestima.

En cuanto a la educación socioemocional, considero que es un pilar fundamental en la formación integral de los estudiantes. Esta disciplina les brinda herramientas para comprender y gestionar sus emociones, así como para establecer relaciones saludables y constructivas con los demás. A través de actividades de autoconocimiento, resolución de conflictos y desarrollo de habilidades sociales, mis alumnos aprenden a comunicarse de manera efectiva, a trabajar en equipo y a desarrollar la empatía y la compasión hacia sus compañeros.

La educación socioemocional también les proporciona estrategias para afrontar los desafíos y adversidades de la vida, promoviendo la resiliencia y el bienestar emocional. Al enseñarles a identificar y expresar sus emociones de manera adecuada, contribuye a crear un ambiente de apoyo y comprensión mutua en el aula, donde cada estudiante se siente valorado y escuchado.

El buen uso de la tecnología es otro recurso que me ha ayudado a entablar relaciones saludables con mis estudiantes. Buscar actividades lúdicas que despierten su interés y que aprovechen las herramientas tecnológicas disponibles se ha convertido en una estrategia fundamental en mi práctica docente.

El uso de la tecnología en el aula va más allá de simplemente mostrar videos en la televisión o utilizar diapositivas en el proyector. Se trata de aprovechar las herramientas digitales para crear experiencias de aprendizaje inmersivas y participativas. Un ejemplo concreto de cómo he utilizado la tecnología de manera efectiva es a través de la gamificación. En lugar de impartir lecciones tradicionales, he diseñado actividades interactivas que involucran a los estudiantes de una manera divertida y estimulante.

Un caso específico es la implementación del popular juego de trivia «Jeopardy» en mis clases. Utilizando plataformas en línea o incluso creando mis propias versiones personalizadas, he organizado sesiones de Jeopardy que abordan temas específicos del plan de estudios. Los estudiantes compiten en equipos para responder preguntas y acumular puntos, lo que no solo refuerza el contenido

académico, sino que también promueve el trabajo en equipo y la colaboración.

Además, he creado juegos regionales adaptados a la cultura y contexto de mis estudiantes, como «100 mexicanos dijeron». Este juego se basa en el formato de un programa de televisión popular y presenta preguntas relacionadas con la historia, la geografía, la cultura y otros aspectos relevantes de México. Al utilizar referencias familiares y cercanas a los estudiantes, logro captar su atención y motivarlos a participar activamente en el aprendizaje.

Estas actividades no solo hacen que el aprendizaje sea más interactivo y entretenido, sino que también fortalecen la relación entre los estudiantes y yo. Al participar juntos en juegos y desafíos, creamos un ambiente de camaradería y colaboración en el aula. Además, el uso de la tecnología para crear estas experiencias educativas innovadoras demuestra a los estudiantes mi compromiso con su éxito y mi disposición para adaptarme a sus intereses y necesidades.

La introducción de juegos educativos, aplicaciones interactivas y plataformas de aprendizaje en línea ha permitido enriquecer el proceso educativo, haciendo que mis alumnos se sientan más motivados y comprometidos con el aprendizaje. Además, el uso de la tecnología ha facilitado la personalización del contenido educativo, permitiéndome adaptar las actividades según las necesidades e intereses individuales de cada estudiante.

La tecnología también ha abierto nuevas puertas para la comunicación y la colaboración entre mis alumnos y yo. A través de herramientas como correos electrónicos y plataformas de mensajería instantánea, hemos podido mantener un contacto más fluido fuera del aula. Esto ha creado un ambiente de confianza y cercanía, donde los estudiantes se sienten cómodos expresando sus inquietudes, compartiendo sus ideas y solicitando ayuda cuando la necesitan. Asimismo, el uso de tecnología ha facilitado la retroalimentación rápida y efectiva sobre el progreso académico de los estudiantes, lo que ha fortalecido nuestra relación y ha contribuido a su desarrollo integral.

También fomenta su autorregulación, ya que a través de apps como Additio y su filial Edvoice, los estudiantes y sus familias son conocedores en todo momento de su progreso, los instrumentos de evaluación y retroalimentaciones oportunas. Es así como se forman estudiantes más conscientes de sus fortalezas y áreas de oportunidad.

Otro aspecto destacado del uso de la tecnología en mi práctica docente ha sido su capacidad para ampliar el alcance del aprendizaje más allá de las paredes del aula. A través de recursos en línea como videos educativos, simulaciones virtuales y conferencias en línea, mis alumnos tienen la oportunidad de explorar nuevos conceptos, descubrir diferentes perspectivas y acceder a información actualizada de manera rápida y sencilla.

Esto les permite desarrollar habilidades de investigación y pensamiento crítico, así como fomentar su curiosidad y creatividad, fortaleciendo así nuestra relación y enriqueciendo su experiencia educativa al proporcionarles un entorno estimulante y desafiante. Además, el uso de la tecnología ha permitido diversificar las formas en que mis estudiantes pueden demostrar su aprendizaje.

Desde la creación de presentaciones multimedia hasta la realización de proyectos colaborativos en línea, mis alumnos tienen la oportunidad de utilizar una variedad de herramientas digitales para expresar sus conocimientos de manera creativa y original. Esto no solo les permite desarrollar habilidades tecnológicas relevantes para el mundo actual, sino que también les brinda una sensación de empoderamiento y autonomía en su proceso de aprendizaje, lo que fortalece nuestra relación y su compromiso con la educación.

Por último, pero no menos importante, me comprometí a promover el humanismo en mi práctica docente. Reconocí la importancia de poner a los estudiantes en el centro del proceso educativo, valorando sus necesidades, intereses y habilidades individuales. Esto implicaba crear un ambiente de aprendizaje que promoviera el respeto mutuo, la empatía y la inclusión, donde cada estudiante se sintiera valorado y apoyado en su desarrollo integral.

Para alcanzar estos objetivos, implementé cambios significativos en mi enfoque pedagógico. Incorporé metodologías activas y participativas que fomentaban la reflexión crítica y el diálogo constructivo en el aula. Además, busqué oportunidades para colaborar con otros docentes y profesionales de otras ciencias y la educación, enriqueciendo así mi práctica y explorando nuevas formas de enseñanza y aprendizaje.

A medida que implementaba estos cambios, experimenté una montaña rusa emocional. La incertidumbre y el temor inicial se transformaron gradualmente en una sensación de propósito renovado y determinación inquebrantable. Observé cómo la dinámica del aula comenzaba a cambiar lentamente: mis estudiantes respondían positivamente a los límites claros y al nuevo tono de autoridad que emanaba de mí.

A pesar del sacrificio de mi cercanía emocional, comprendí que era necesario para cultivar un ambiente propicio para el aprendizaje genuino. Acepté con humildad que ser un maestro efectivo no consiste en ser el mejor amigo de tus estudiantes, sino en ser un guía compasivo pero firme que les enseña no solo conocimientos académicos, sino también valores fundamentales como el respeto mutuo y la responsabilidad compartida.

En cada interacción con mis alumnos resonaba una nueva melodía: una mezcla armoniosa de seriedad y calidez, autoridad y empatía. Aprendí a mantener un equilibrio delicado entre establecer límites claros y mantener una actitud accesible pero firme. Descubrí que la verdadera grandeza radica en encontrar esa armonía entre ser un educador respetado y un mentor apreciado por sus alumnos.

A medida que me sumergía más profundamente en este viaje de autodescubrimiento docente, me di cuenta de que cada desafío superado era una oportunidad para crecer no solo como educador, sino también como ser humano. Aprendí a valorar la importancia de la flexibilidad sin perder de vista la necesidad de mantener una estructura sólida en el aula.

Cada día se convertía en una lección viviente sobre la importancia de adaptarse al cambio sin perder la esencia misma de lo que significa ser un maestro comprometido con el crecimiento integral de sus alumnos. A través del proceso de redefinir mi rol docente, descubrí nuevas facetas tanto de mí mismo como de mis estudiantes.

En medio del caos aparente, encontré un orden renovado basado en el respeto mutuo y la responsabilidad compartida. Mis alumnos comenzaron a valorar no solo mis conocimientos académicos, sino también mi capacidad para guiarlos con firmeza, pero con compasión por el camino del aprendizaje significativo. En cada mirada, cada palabra pronunciada, cada gesto compartido, se forjaba una conexión profunda basada en el respeto mutuo y la confianza recíproca.

A través del prisma cambiante del tiempo y la experiencia, llegué a comprender que ser un maestro efectivo va más allá de impartir conocimientos; implica sembrar semillas de respeto, responsabilidad y empatía en el corazón mismo de cada estudiante. Cada desafío superado se convirtió en una oportunidad para crecer no solo como educador, sino también como guía espiritual para aquellos cuyas vidas tocan la mía cada día.

En este viaje sin fin hacia la excelencia educativa, abracé con gratitud cada obstáculo como una oportunidad para aprender, crecer y evolucionar tanto personal como profesionalmente. Descubrí que la verdadera magia reside en encontrar ese equilibrio perfecto entre ser accesible emocionalmente pero firme en tu autoridad; entre ser un mentor respetado, pero también un amigo comprensivo para tus alumnos.

Al inicio de mi vida como docente, tenía la convicción de querer ser el mejor maestro. Hoy con humildad y aceptación puedo decir que he abandonado ese sueño, ya no quiero ser el mejor. En cambio, mi sueño actual es que mis estudiantes sean mejores personas, que aprendan lo necesario para desarrollarse en esta vida. Abrazar esa esperanza significa dar lo mejor de mí en el aula, y más allá. En cada paso dado hacia adelante, recordé las lecciones aprendidas

en las trincheras del aula: que ser un maestro va más allá del dominio del contenido académico; implica cultivar relaciones auténticas basadas en el respeto mutuo y la confianza recíproca. Cada palabra pronunciada resonaba con una nueva profundidad; cada gesto compartido irradiaba una luz renovada sobre el camino hacia una educación transformadora.

Aprendí que la verdadera grandeza de un maestro radica en encontrar el equilibrio entre la cercanía y la autoridad, entre la amistad y el respeto. Descubrí que ser accesible emocionalmente no implica renunciar a tu autoridad, sino más bien enriquecerla con empatía y comprensión. Entendí que establecer límites claros no es un acto de rigidez, sino una muestra de amor y cuidado hacia mis estudiantes.

Recomiendo a mis colegas docentes que se atrevan a abrazar el cambio, a desafiar sus propias creencias preestablecidas sobre el rol del maestro. Les insto a cultivar relaciones auténticas basadas en el respeto mutuo y la confianza recíproca, recordando siempre que somos guías en el viaje educativo de nuestros alumnos, no solo transmisores de conocimientos.

Los animo a mantenerse flexibles en medio de la adversidad, a aprender de cada desafío y a crecer tanto personal como profesionalmente. Que nunca olviden que ser un maestro va más allá del aula; es un acto de amor hacia el aprendizaje y el crecimiento integral de cada estudiante que cruza su camino.

A lo largo de mi trayectoria como docente, he aprendido que la autenticidad es clave para establecer relaciones significativas con mis estudiantes. Al ser honesto y transparente sobre mis propias experiencias y desafíos, creo un ambiente de confianza y empatía que fomenta el crecimiento tanto académico como personal.

Descubrir el equilibrio entre la firmeza y la comprensión ha sido un proceso de aprendizaje continuo para mí. A través de la práctica reflexiva y la autoevaluación constante, he aprendido a adaptar mi enfoque según las necesidades individuales de mis estudiantes,

manteniendo siempre en mente el objetivo fundamental de su desarrollo integral.

Uno de los mayores desafíos como educador es encontrar formas creativas de involucrar a todos los estudiantes en el proceso de aprendizaje. Al reconocer y valorar la diversidad de habilidades, intereses y experiencias de mis alumnos, puedo diseñar actividades y recursos que promuevan la participación y el éxito para cada uno de ellos.

La colaboración con colegas y la búsqueda de oportunidades de desarrollo profesional son aspectos esenciales para seguir creciendo como educador. Al intercambiar ideas, compartir experiencias y aprender de otros, amplió mi perspectiva y adquiero nuevas herramientas y estrategias para enriquecer mi práctica docente.

Al continuar abrazando estos principios y comprometiéndome con mi crecimiento personal y profesional, sé que puedo seguir siendo un guía compasivo y efectivo para mis estudiantes, ayudándoles a alcanzar su máximo potencial y a convertirse en personas seguras, responsables y respetuosas. Mi mayor satisfacción como docente proviene de ver el impacto positivo que tengo en la vida de mis estudiantes. Cada logro alcanzado, cada obstáculo superado y cada momento de crecimiento compartido son recordatorios poderosos de la importancia y el valor de mi labor como educador. En última instancia, les invito a abrazar con valentía la dualidad inherente al rol docente: ser un faro de luz y guía para sus alumnos, al tiempo que cultivan una conexión auténtica basada en el respeto mutuo y la responsabilidad compartida. Que cada día en el aula sea una oportunidad para sembrar semillas de sabiduría, compasión y respeto que florezcan en corazones ávidos de aprender y crecer.

Que estas palabras sirvan como faro en la oscuridad, como recordatorio constante de la nobleza y la grandeza del oficio docente. Que cada desafío sea una oportunidad para crecer, cada obstáculo una piedra angular en la construcción de un legado educativo duradero. Que nunca olviden que ser maestro es más que una profesión; es una vocación sagrada que transforma vidas y moldea mentes para un futuro lleno de promesas y posibilidades infinitas.